

LA ESCRITURA DEL TERRITORIO AMERICANO

CARLOS MATA INDURÁIN,
ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ
Y MARTINA VINATEA (EDS.)



CON PRIVILEGIO . EN NEWYORK . IDEA . 2019

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)
COLECCIÓN «BATHIHOJA», 58. SERIE PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS (PEI), 14

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW
YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)
SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE
CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, ESPAÑA)
SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)
TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)
SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)
ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)
PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)
LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)
ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)
VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)
ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)
GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA,
ESPAÑA / REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ESPAÑA)
GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)
HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)
EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

Impresión: Ulzama Digital.

© De los autores

Financed by the Leading House for the Latin American
Region (project «Latin American Humboldtianism:
Scientific Expeditions and Their Impact in Latin American
Linguistic and Literary Thought», SMG1721).

ISBN: 978-1-938795-61-9

Depósito Legal: M-28010-2019

New York, IDEA/IGAS, 2019

EL PACÍFICO EN EL VIAJE DE FRAY DIEGO DE OCAÑA POR LA AMÉRICA DEL SUR (1599-1600)

*Blanca López de Mariscal
Tecnológico de Monterrey*

En el presente trabajo se hará una revisión de una pequeña parte de la travesía de fray Diego de Ocaña por América del Sur¹. Se trata justamente de examinar el recorrido que realizó el monje jerónimo para cruzar a través del Istmo de Panamá, del océano Atlántico al océano Pacífico, y así reconstruir las circunstancias del viaje y la percepción del territorio que Ocaña consigna en el manuscrito en que describe su viaje, que inició en el convento de Guadalupe en Extremadura en 1599.

¹ En septiembre de 2013 se cumplieron 500 años del descubrimiento por Vasco Núñez de Balboa del mar del Sur, esa inmensa extensión de agua que hoy en día conocemos como océano Pacífico y que Balboa divisó por primera vez después de haber cruzado el Istmo de Panamá. Dicha hazaña, que le permitió a Balboa tomar posesión del mar en nombre de los Reyes Católicos, es tal vez una de las más importantes en la historia de los descubrimientos del Nuevo Mundo, ya que con ella los conquistadores tuvieron la certeza de que se encontraban en un continente nuevo y que habrían de recorrer aún enormes travesías marítimas para llegar a las ansiadas Cipango y Catay.

Al analizar el recorrido que Ocaña² llevó a cabo a lo largo de gran parte de la América del Sur surgen una serie de preguntas sobre la forma de viajar, la calidad de los medios de transporte, la financiación del viaje y, sobre todo, ¿qué tipo de persona realiza, al finalizar el siglo XVI, un viaje de más de 35.000 kilómetros y con qué motivo? Afortunadamente, Ocaña dejó una narración de su desplazamiento en un manuscrito que hoy día se encuentra en custodia en la Biblioteca Museo de la Universidad de Oviedo. Se trata de un viaje que llevó al fraile jerónimo desde el monasterio de Guadalupe en Extremadura, a través del Atlántico y el Istmo de Panamá hasta el mar del Sur para posteriormente recorrer de norte a sur la costa occidental de América; llegar a la isla de Chiloé; cruzar la cordillera de los Andes; transitar una buena parte de las pampas argentinas; visitar Buenos Aires; y, ya en su camino de regreso, atravesar el Paraguay y Tucumán para finalmente llegar a las ciudades de La Plata y Potosí, en las que fue el artífice de las celebraciones en honor de la imagen de Guadalupe que él mismo pintó. Su recorrido lo llevó también a Chuquiapo, Arequipa y el Cusco, ciudad sagrada de los incas, para posteriormente regresar a Lima, desde donde nos informa de que había de embarcarse rumbo al virreinato de la Nueva España en el que, seguramente, murió.

El viaje de Ocaña tiene particularidades muy interesantes, ya que los galeones en que viajó³ pasaron de largo frente al archipiélago canario «sin tomar puerto [...] a vista de Turquía⁴ y África, por entre la isla de Lanzarote y Canaria» (p. 72⁵), para después entrar en el mar de las Damas

² Ocaña había nacido en la villa de su nombre hacia 1570. Era hijo de Juan Huerta y María de Salcedo. Ingresó en el monasterio jerónimo de Guadalupe el 8 de junio de 1588 e hizo profesión religiosa. Los superiores del convento lo comisionaron para realizar un viaje por los territorios de América recién descubiertos en el que se supervisaría el culto guadalupano. La finalidad de dicha supervisión era redirigir hacia el convento español las limosnas que se estaban colectando en el Nuevo Mundo. Una Real Cédula, que se encuentra en el Archivo General de Indias, Sección Quinta (en el legajo 2.869), asienta que se le da permiso a Ocaña de viajar «Para recoger y cobrar las limosnas y mandas que se hubieren hecho [...] al monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe». El recorrido de Ocaña se realizó entre 1599 y 1605.

³ La armada en que se embarcó estuvo capitaneada por el general don Francisco Coloma y el almirante fue Juan de Urdaire.

⁴ Seguramente para Ocaña Turquía es sinónimo de África, ya que de otra forma no se puede entender que tuviese «a vista», al mismo tiempo, Turquía y Lanzarote.

⁵ Todas las citas textuales del libro de Ocaña se toman de la edición crítica publicada en 2010 por Blanca López de Mariscal y Abraham Madroñal. Las imágenes que

hasta llegar a descubrir la Deseada, «que con justo título le pusieron este nombre, porque haber navegado tanto mar sin ver tierra es grande el deseo que la gente trae de vella» (p. 72). La travesía siguió hasta llegar «con bien» a Puerto Rico el 24 de marzo del mismo año. A su llegada encontraron el asentamiento devastado porque una flota inglesa había robado el pueblo y todo cuanto en él había, destruyendo de forma particular la iglesia y todas sus ornamentaciones, especialmente las imágenes sacras.

La flota no pudo seguir hacia la Nueva España, según lo planeado, ya que tuvieron noticia de que estaban «dieciocho velas de ingleses dando carena en unas islas que estaban en la vía de México» (p. 79), por lo que las embarcaciones tuvieron que seguir el viaje hacia Cartagena, en donde desembarcaron durante tres días para posteriormente salir para Portobelo «el último día de Pascua de Resurrección del año de 1599» (p. 83), en donde, a decir de Ocaña, «finalmente dimos fin a la navegación larga de todo el mar del Norte» (p. 83), terminando así el primer tramo de su travesía atlántica.

De ahí, para llegar a Panamá y embarcarse de nuevo, ahora en el mar del Sur, habría de recorrer un camino muy similar al de los conquistadores pioneros que penetraron las tierras del Istmo y que por primera vez lo divisaron el 25 de septiembre de 1513, desde lo alto de la cordillera. Vasco Núñez de Balboa, Francisco Pizarro, Juan de Ezcaray, Alonso Martín y posteriormente Pascual de Andagoya serían los primeros exploradores españoles que transitaron aquellas rutas. Se trata de un camino que Ocaña describe con lujo de detalles y que al finalizar el siglo de su descubrimiento no proporcionaba a los viajeros ningún tipo de seguridad ni de confort a lo largo de su recorrido. El monje jerónimo describe las vicisitudes de una travesía en la que solamente se tienen que recorrer las dieciocho leguas que hay de Portobelo a Panamá. Los viajeros alquilaron nueve mulas, las cuales les costaron a veinte pesos de a ocho reales. Ocaña narra que cinco de estas mulas estaban destinadas a cargar «los trescientos cuerpos de libros de la historia de nuestra Señora» que el monje llevaba para entregar en algún convento de América (p. 87). Seguramente se trataba de la obra magna publicada por el convento de Guadalupe en Extremadura en la que se contiene la *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe* escrita por el padre fray Gabriel de Talavera y que vio la luz en Toledo en el año de 1597, solo dos años antes de que

aparecen más adelante son del manuscrito M-215 de la Biblioteca de la Universidad de Oviedo. Los datos bibliográficos completos se encuentran en la bibliografía final.

el viaje de Ocaña diera inicio. Además, tenemos información de que los frailes habían obtenido un permiso para llevar libros de estudio y cuantos volúmenes de libros de la historia de la dicha imagen de Guadalupe y fundación de su Casa hubieran menester.

Llevaban además dos mozos que contrataron en los navíos, de tal suerte que de solo fletes de las mulas pagaron ciento ochenta pesos por tres días de camino que hay de Portobelo hasta Panamá. La primera parte de la caminata se hacía a lo largo de un río, de tal modo que llevaban los pies hasta los tobillos dentro del agua. No es fácil para el lector contemporáneo imaginar el traslado de esos trescientos volúmenes de la *Historia de Nuestra Señora* siguiendo el cauce del río a lomo de mula. El calor y la humedad extrema impedían al monje llevar la túnica que forma parte del hábito tradicional, por lo que portaban solo el sayo, el saco y el escapulario y calzados con medias y alpargatas; como dice el fraile, iban «desta suerte porque así caminan todos por la mucha agua que hay por el camino, de causa que todas las primeras doce leguas se va caminando de continuo por un río abajo» (p. 87). Por lo que, en parte caminando y en parte nadando, llegaron a hacer la primera noche al río de Chagre y a partir de ahí un camino sinuoso colmado de malos pasos:

Viniendo caminando de Portobelo a Panamá queda a un lado, a la mano izquierda del camino, la famosa y celebrada sierra de Capira. Es una sierra muy alta por donde antiguamente venía el camino de Nombre de Dios, en la cual continuamente, en todo tiempo, hay truenos y relámpagos y aguaceros muy grandes, de suerte que a cualquiera hora siempre está tronando y hay tempestades. Antes también de llegar al río de Chagre sobre unas lomas está el fuerte de San Pablo, donde solos diecisiete soldados defendieron el paso a ochocientos ingleses que iban a dar sobre Panamá. Llámase de San Pablo el fuerte porque fue día de San Pablo cuando pelearon. Y es el lugar más fuerte que hay en todo aquel camino, que no parece sino que la naturaleza le formó allí para defensa de Panamá, porque se va el camino estrechando por una loma de un cerro de manera que no pueden pasar dos hombres juntos ni dos cabalgaduras; y da una vuelta el camino de suerte que han de ir pasando uno a uno por contadero; y por un lado y por otro hay unos valles y despeñaderos muy hondos (p. 90).

A partir de las descripciones de Ocaña es difícil imaginar el desplazamiento de las actividades de exploración de la costa atlántica a la costa del Pacífico, y aún más, el dificultoso traslado, a través del Istmo, de los elementos necesarios para construir las embarcaciones de Balboa, de Pizarro o de Pascual de Andagoya en el mar del Sur, para desde ahí iniciar

las exploraciones que llevarían al descubrimiento de la costa occidental de América del Sur y, finalmente, del Perú.

Pero no solo el camino que los lleva de Portobelo a Panamá es tortuoso y difícil de recorrer. La población y el espacio en el que Panamá se encuentra asentada distan mucho de haber sido, en la época de Ocaña, el centro de actividades desde el que se había proyectado primero el descubrimiento y la conquista del Perú, y, después, la intensa actividad comercial y la apertura para las nuevas rutas náuticas y los nuevos accesos a la cuarta parte del mundo a la que se podía acceder a través del recién descubierto mar del Sur.

La ciudad de Panamá que describe Ocaña, y en la que él y su compañero pasaron tres meses, es un pequeño poblado con casas de tablas, aires malsanos y muy poca gente:

... y no de mucha plata [...]. Todas las casas son de tablas [...] y todo cuanto se trata se oye en la casa ajena y [...] por las juntas de las tablas se ve cuanto pasa en casa del vecino. Hay en los techos destas casas muchos alacranes, los cuales cuando truena y hay grandes aguaceros caen al suelo y andan por todo el aposento y son ponzoñosos; y si pican con la uña de la cola duele mucho y es menester luego acudir con el remedio de la triaca o contrahierba. Son tan grandes los truenos que, como son las casas de tablas, tiembla toda la casa que no parece sino que todo el mundo y el pueblo viene abajo con cada trueno (pp. 93-94).

Y aunque se trata de una ciudad que tiene Audiencia⁶ y Catedral y existen en ella conventos de Santo Domingo, de San Francisco y de la Merced, y padres de la Compañía y un monasterio de monjas⁷, las condiciones de vida para sus habitantes no son del todo favorables; hace siempre un grandísimo calor agravado por vientos que predominantemente vienen del sur, todo lo cual provoca que:

... siempre andan las personas sudando y no pueden sufrir ropa en el cuerpo, y las mujeres traen unas naguas de lienzo y desta causa está la gente

⁶ Don Alonso de Sotomayor era el presidente de la Audiencia en la época en que Ocaña pasó por ahí.

⁷ No es extraño encontrar la proliferación de conventos e iglesias en las nuevas ciudades coloniales. En el caso específico de Panamá estos conventos se convertían en la punta de lanza para la evangelización de los nuevos territorios descubiertos y eran usados como puntos de expansión desde donde las órdenes mendicantes distribuían a sus misioneros. A lo largo del relato de Ocaña queda claro que es hospedado por frailes de diversas órdenes en cada uno de los poblados a los que llega.

muy descolorida y muy enferma de contino. Y de la gente que baja del Pirú y de los que vienen de Castilla mueren de ordinario muchos, y los hospitales están de contino llenos de enfermos (p. 94).

Este «morir de ordinario muchos» no es un accidente extraño en las tierras tropicales, especialmente en los puertos, en los que casas y calles se ven constantemente inundadas por las intensas lluvias y las altas mareas. Otra cosa que sorprende a Ocaña es que no existe diferenciación entre las estaciones del año, de tal manera que los habitantes se ven constantemente agobiados por el calor y los alimentos se corrompen con mucha facilidad.

Sin embargo, este triste panorama se transforma totalmente cuando arriba la flota que trae la plata del Perú, ya que la ciudad se ve poblada, no solo por los pasajeros que llegan desde Lima, sino también por los oficiales reales, los comerciantes y los arrieros cuyas recuas transportarán las barras de plata de Panamá a Portobelo para desde ahí volverlas a embarcar a España. Desembarcar el rico cargamento no es fácil, ya que las naves tienen que dar fondo en un puerto que se encuentra una legua más abajo, en Puerto Perico, y la maniobra se tiene que hacer botando las barras de plata a la playa, de donde son recogidas por los arrieros para colocarlas sobre las mulas:

Pero todos los barcos entran con las barras y las arrojan en aquella playa adonde las entregan a los arrieros para que las lleven a Portobelo. Y como yo no había visto barras de plata admireme de ver tantas, que aquel año bajaron de su majestad y de los mercaderes para avío de la flota que estaba en Portobelo y para emplear en la ropa que había venido de Castilla, en lo uno y en lo otro, así del rey como de particulares, 17 millones; que toda la gente que habíamos venido de Castilla estábamos elevados de ver tanta plata junta en aquel arenal. Y todos los años que hay flota es de la misma manera. Y los oficiales reales tienen para este tiempo embargadas todas las recuas de mulas y no dejan que vaya pasajero ninguno hasta que toda la plata que va a Castilla se lleva a Portobelo; que más rico camino no hay en el mundo que estas diez y ocho leguas en este tiempo de armadilla, pues en tan pocos días pasa tanta plata. Y así es la cosa más notable de camino que tiene el universo (p. 95).

En este punto conviene recordar que, como apunta Fernand Braudel en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, a partir de 1550 los galeones que llegaban a Sevilla procedentes del Nuevo Mundo transportaban principalmente plata, y esa plata procedía en su

mayoría del Potosí. Este trasiego de metales preciosos hacia Europa y de tejidos y prendas de vestir que llegan al Nuevo Mundo coincidió con el apogeo del imperialismo español, que alcanza su mayor nivel entre 1580 y 1620⁸. O sea, que son justamente estos años de mayor auge en los que Ocaña llega a Panamá para internarse en el mar del Sur y de los que resultan sus descripciones.

Finalmente, el día 3 de agosto de 1599, fray Diego de Ocaña y su compañero fray Martín de Posada⁹ se embarcan en una nave que, según Ocaña, se llama «la Galizabra», que era la almiranta de la armada que había traído el cargamento de palta del Perú. Van en compañía de don Gonzalo Rodríguez de Herrera, que venía al alto Perú como corregidor de los Collaguas, y el padre fray Pedro de Montemayor. Entre los cuatro pagan un camarote, que resultaba indispensable para fray Martín ya que no solo era un hombre de edad, sino que venía muy enfermo:

Costonos el camarote en que veníamos cien pesos de a 9 reales, los cuales se partieron entre nosotros 4 que veníamos todos de compañía, de suerte que nos cupo los cincuenta pesos a mi compañero y a mí. Demás desto, nos fletamos nosotros dos y nuestros criados, a 20 pesos ensayados cada persona [...] el matalotaje de bizcocho y vino y cecinas y gallinas y las demás cosas necesarias para la mar; nos costó mil cuatrocientos reales porque todas las cosas valen muy caras y todo a peso de plata (p. 99).

⁸ Braudel, 1976, p. 335.

⁹ En 1599, son dos los frailes del convento de Guadalupe en Extremadura los que se embarcan en Sevilla. Fray Martín de Posada, el compañero de Ocaña, muere muy pronto, el 11 de septiembre de 1599, en el puerto de Paita. Ocaña, ya solo, marcha hacia Lima, pasa por Piura, Saña y Trujillo. Se detiene en la capital del virreinato peruano hasta febrero de 1600 y pinta la imagen para la capilla de la Virgen de Guadalupe de la Ciudad de los Reyes. En la última fecha mencionada se embarca en el Callao y arriba a Coquimbo, atravesando después Chile hasta llegar a Osorno y la isla de Chiloé, como dice, sin parar en sitio alguno, siempre caminando incesantemente. Cuando pretendió volver a Lima, le sorprendió la sublevación de los indios y se vio obligado a cruzar los Andes hasta arribar a Paraguay y luego a Potosí el 18 de julio de 1600. Allí, en Potosí y Sucre, se detuvo hasta 1603 y pintó las imágenes de la Virgen para el convento de San Francisco de Potosí y para la Catedral de Sucre. Esta última todavía se conserva hoy con gran devoción de sus fieles. Sale el 16 de junio de 1603 hacia Chuquiapo, Copacabana, Arequipa y Cusco y llega a Lima, ya enfermo, en agosto de 1604. En la Navidad de ese año se propone embarcar para México, noticia que resulta ser la última que nos lo presenta como vivo todavía, porque lo que sabemos de él después es que había muerto ya en 1608, en México. Concretamente el 17 de noviembre de ese año llega la noticia de su muerte a su monasterio de Guadalupe, donde se celebran en su honor las honras de precepto.

La navegación de Panamá a Lima es de unas quinientas leguas y los navíos tardan tres y cuatro meses en llegar. A decir de Ocaña, es «penosísima y muy enfadosa porque de contino vienen los navíos contra el viento, virando a la mar y a la tierra, dando vueltas a la una parte y a la otra, siempre a la bolina y el navío tan trastornado que no nos podíamos tener en pie» (p. 99).

Pero aún así, y a pesar de los achaques que los frailes tenían, aun cuando su compañero se agravaba y había que estar pendiente de él todo el tiempo, Ocaña no puede dejar de disfrutar de la maravilla del firmamento, que ya había aprendido a interpretar en la travesía transatlántica y que muchas veces describe a lo largo de su relato de viaje: «Por este Mar del Sur perdimos de vista, a dos días que navegamos, el norte y algunas otras estrellas conocidas de España» (p. 100). Él mismo relata que le daba gran contento ver el movimiento de los cielos y cómo cada noche el norte se les iba escondiendo (p. 80), y cómo de sus conversaciones con el piloto supo muchas cosas del globo del mundo, y pasaba las noches con mucho gusto:

Por los rumbos ordinarios venimos a ponernos debajo de la línea que pasa por el puerto de Manta, donde es la mitad del cielo y del mundo; y luego que comenzamos a pasar destotra parte, parece otro cielo y otro temple y los vientos diferentes, que no corre de ordinario más que uno que es el sur (p. 100).

El paso por la línea equinoccial no resulta entonces desapercibido para el monje jerónimo. Desgraciadamente, su capacidad para disfrutar la travesía marítima se ve frustrada ya que después de treinta días de viaje por el mar del Sur y, dada la gravedad de su compañero, deciden desembarcar y permanecer en el puerto de Paita, donde regularmente la armada se reabastecía para continuar su camino hacia la capital del virreinato del Perú. Paita era un puerto obligado para todos los navíos que navegaban de Panamá y de México, y en el que también se tenían que detener las armadas que bajaban de Lima e iban a Sonsonate y al Realejo, a Guayaquil y a Panamá. Y aunque el agua escaseaba, porque no tenían río, se podían reabastecer de gallinas y carneros y había también mucha fruta y buenos melones (p. 102).

El compañero muere, Ocaña se ve obligado a enterrarlo y, ya solo, tiene que reanudar su viaje para llegar a Lima. Este desafortunado incidente nos da a nosotros, lectores de Ocaña, la posibilidad de enterarnos también de las condiciones de las rutas terrestres trazadas a la orilla del

mar; de otra manera hubiésemos tenido solo información sobre la travesía marítima. Ocaña tiene que recorrer doscientas leguas de un camino cubierto de arenales blancos y en el que nunca llueve. A los catorce días del mes de setiembre de 1599 el fraile emprendió el camino, para el cual alquila cuatro caballos, uno para su persona, otro para llevar la cama —porque sabe que no encontrará cama en los tambos o posadas— y dos caballos para llevar agua, que es algo que tampoco se encuentra a lo largo del camino. Cuando llega al primer poblado, Piura, tiene que alquilar dos caballos más para los mozos, así que se queda solo con cuarenta pesos para recorrer las doscientas leguas que tenía por delante. La ropa y los libros se habían ido por mar hasta Lima.

Caminando de noche y durmiendo de día, después de recorrer las primeras cuarenta leguas llegó a Olmos, que es pueblo de indios y, tras cuarenta leguas más, arribó a Saña, que es pueblo de españoles. A lo largo de todo el camino, carente de agua, no encuentran más que arenales. La escasez del líquido vital es tan grande que los indios de la región nunca se lavan, excepto cuando van al mar. Saliendo de Saña recorre ocho leguas más para llegar a un convento de frailes agustinos dedicado a la advocación de Guadalupe. Es el primer espacio en el que el fraile encuentra un fértil y rico valle, llamado también valle de Guadalupe, regado por un río que baja de la sierra, en el que los agustinos recogen varias cosechas de trigo al año y en el que también abunda el pescado por su cercanía con la mar. De ahí emprende su camino a la ciudad de Trujillo, no sin antes pasar por los pueblos de Chiclayo y Etén. Este último es pueblo de indios que también se encuentra a orillas de la mar. Ocaña describe los productos que se pueden encontrar en cada uno de los poblados por donde pasa: «Vale una gallina un real; dos pollos, un real; doce güevos, un real; un cuarto de carnero, dos reales; seis panes, un real, de suerte que todo vale por estos llanos hasta Lima muy barato» (p. 115). Se trata de información muy significativa para conocer la economía de la zona que recorre, en la que se encuentran una serie de poblados, que eran de importancia primordial para las armadas que realizaban los recorridos comerciales del territorio recientemente colonizado y que se había convertido en la ruta en la que se transportaba la plata del virreinato a la metrópoli. Grandes extensiones de terreno, prácticamente despobladas en las que un ecosistema agreste juega un papel predominante en el desarrollo de las poblaciones.

El territorio recorrido no posee una unidad física. Los climas cambian de una región a otra y las estaciones del año son prácticamente

inexistentes; no presentan la regularidad de las europeas. Las mercancías que se pueden embarcar para llevar de una ciudad a otra son apenas granos, unas cuantas frutas y un incipiente ganado entre el que predominan los carneros. Hacer el matalotaje en los pueblos de indios resulta mucho más económico que realizarlo en los pueblos de españoles: «Valían seis panes de a libra, un real; dos pollos, un real; una gallina, un real; tres melones como la cabeza, un real; un cabrito, cuatro reales; doce güevos, un real; y desta manera por el consiguiente las demás cosas de comida valen baratas» (p. 107).

Pero en todos los casos se trata de poblados muy pequeños en los que solo viven un puñado de españoles, la única ciudad de importancia es Lima, a la que se llega a través del puerto del Callao, después de pasar Trujillo y Santa. Pero, a medida que el monje se va acercando a la ciudad capital, las mercancías también se van encareciendo, de tal modo que entre Trujillo y Lima las cosas cuestan el doble, a decir de Ocaña. Trujillo es un espacio importante porque a su vera pasa el camino que va de Quito a Lima. Antiguamente era también un centro funerario inca en el que se podían ver «los mayores edificios de guacas (que son unos entierros donde los indios se enterraban) que hay en todo el Pirú [...]. Los cuales pueden ser famosos por todo el mundo, así por su grandeza como por los grandes tesoros y riquezas que en sí encierran» (p. 126).

Trujillo es una ciudad rica en la que habitan muchos españoles nobles, «vecinos y encomenderos de indios y nietos de conquistadores» (p. 127). En ella hay frailes y conventos de todas órdenes:

... de San Francisco y de Sancto Domingo, augustinos y de la Merced y además se cultiva trigo se llevan harinas para Panamá y para toda la tierra de abajo y para todos los demás valles; y así todo el trato de aquí es harina y algunas aceitunas que cogen para agua, y son tan buenas y más gordas que las de Sivilla (p. 127).

Aunque, desde luego ninguna ciudad de las que visita el monje jerónimo tiene ni la importancia, ni la prestancia, ni el número de habitantes de Lima. Lima es asiento del virreinato, tiene Arzobispado, Audiencia y, desde luego, tribunal de la Inquisición y juzgado de la Santa Cruzada. Lo primero que hace Ocaña es visitar al virrey Luis de Velasco, al arzobispo don Toribio Alfonso Mogrovejo, a los oidores y a los inquisidores, a quienes presenta sus cartas credenciales, las letras y cédulas reales y el poder de su convento. Ocaña destaca que también hay Universidad,

con muchos doctores «que la ilustran mucho y cátedras de todas las ciencias» (p. 147). Es en los conventos donde

se lee artes y teología, y cada semana hay conclusiones en los conventos, que son muchos y muy buenos, con muy curiosas iglesias. En particular la de Sancto Domingo, hay docientos frailes; en San Francisco hay más de doscientos; en San Agustín hay otra iglesia de tres naves muy buena y muchos frailes; en nuestra Señora de las Mercedes muy buen claustro y muchos frailes; en la Compañía de Jesús, mucha riqueza y curiosidad de reliquias, muchos religiosos y muy doctos que lucen mucho en las conclusiones. Conventos de monjas, la Encarnación, donde hay doscientas monjas de lindas voces, mucha música y muy diestras [...]. El convento de la Concepción tiene otras tantas monjas y muy lindas voces y música; y corren parejas en las fiestas con las de la Encarnación, en la fiesta particularmente de la Degollación de San Juan Baptista. El convento de Sancta Clara, que agora comienza a recibir monjas, tiene muy buena casa. El convento de las descalzas de San Josef y el convento de la Sanctísima Trinidad. Todos éstos son de monjas, que son cinco. Hay también casas de mujeres recogidas, como es la Caridad, San Diego y los Niños güérfanos (p. 147).

Como podemos ver por esta cita, es la proliferación de iglesias y conventos una de las cosas que más llama la atención de los viajeros en el Nuevo Mundo. Aquí, además, Ocaña presta especial interés en destacar el gran número de monjes y monjas que alberga cada uno de los conventos mencionados. Lima es una ciudad que al jerónimo le interesa, más que por sus posibilidades económicas, por su vida cultural. Habla de los colegios y de los colegiales, de los hospitales para españoles y para indios, y de las celebraciones y los paseos dominicales: «en sólo esto parece Corte esta ciudad, que en lo demás es como una aldea» (p. 150).

Le interesan también las características y las propiedades del sitio, por lo que se detiene a describir el clima, los aires y la orografía del mismo:

Hay en esta ciudad muchos temblores. Y después que pasó uno muy grande que derribó mucha parte de las casas, no [ha] habido después acá otro ninguno que haya hecho semejante daño; pero temblores pequeños, muchos, particularmente a la entrada del verano [...]. Sucedió en esta ciudad después de Pascua de Navidad el mismo año de 1605, que estando con algún temor de haber sabido cómo la mar había salido de sus límites y había anegado todo el pueblo y puerto de Arica, y puesto por tierra el temblor a la ciudad de Ariquipa (p. 155).

Temblores y maremotos o *tsunamis* parecen ir de la mano en el relato de Ocaña, ya que a lo largo de su recorrido en varias ocasiones le toca vivir desastres naturales que destruyen por completo las ciudades que visita. Llamen en especial la atención los relatos en los que el mar se sale de su límite y olas descomunales arrasan con todo lo que encuentran a su paso. Habla también de terremotos, uno en especial, cuando se encuentra en la ciudad de Ica, en la que lo sorprende un movimiento sísmico de enorme magnitud: «Sucedió en este tiempo, en estos reinos, un temblor tan grande de tierra, que no se ha visto cosa semejante, porque quedaron muchos pueblos del todo asolados y puestos por el suelo...» (p. 501). Por la descripción del fraile podemos inferir que el epicentro se encontró en alta mar, ya que el relato se centra en la imagen de una enorme ola marítima que arrasó con una gran cantidad de poblados a lo largo de la costa chilena, llegando hasta el pueblo de Cañete, a veinte leguas de Lima:

Este mismo día y a la propia hora, salió la mar de sus límites, y de improviso cubrió todo el puerto del pueblo de Arica y no dio lugar a más de que la gente, corriendo y muy aprisa, se retirase; y así cubrió todas las casas e iglesias, y al retirarse a su madre se llevó tras sí todo el pueblo, de manera que lo barrió, de suerte que parece no haber habido en aquel sitio pueblo ninguno (p. 502).

Según la descripción de Ocaña, el golpe de mar cubre hasta seiscientos leguas, arrasando puertos como Pisco, el pueblo de Arica y el de Cañete, de tal forma que se perdieron todas las construcciones y las cosechas, obligando a los habitantes a reconstruir los pueblos en espacios más altos y más seguros. Todo indica que lo que el autor describe es un fenómeno muy similar a los *tsunamis* que llegan a ocurrir en los países con costas en el Pacífico.

La descripción de su paso a lo largo de las costas del mar del Sur sigue, ya que después de unos meses en Lima se embarca, el 6 de febrero de 1600, hacia el Reino de Chile. Una vez más emplea para la nave el mismo nombre que había utilizado para la que lo había desembarcado en Paita, «la Galizabra», de tal forma que ya en este punto no puedo asegurar si se trata de la misma nave o del nombre genérico que solía darse a una embarcación de vela latina, que era común en los mares de Levante. Sin darnos mayor información, desembarca en la ciudad de Coquimbo y de ahí continúa su camino por tierra hasta la isla de Chiloé.

Es un largo camino el que en este tramo tuvo que recorrer, pues fue de los 12 grados en los que se encuentra la ciudad de Lima hasta los 44 grados en los que está situada la isla de Chiloé. Para llegar a ella pasó por Coquimbo, Santiago, Chillán, Angol, Concepción, La Imperial, Valdivia, y finalmente Osorno. Todas ellas pequeñas ciudades de entre cincuenta y cien habitantes. La más populosa es, sin duda, la Ciudad de Santiago, cuya población al cambiar el siglo es de quinientos vecinos. Se trata de un territorio en el que abundan las minas de oro, cobre y plomo, y en el que sus ricos valles proporcionan a sus habitantes todo lo que es necesario para su mantenimiento. Pero es un territorio en guerra, ya que en el 1600, año en el que lo recorre Ocaña, no había logrado ser pacificado por los colonizadores españoles.

El monje viajero dedica especial atención a la descripción de sus pobladores ya que se trata de gente sumamente belicosa. Presenta un dibujo de Lautaro, quien se enfrentó y venció a la gente del gobernador Valdivia, que había llegado a pacificar la tierra al mando de Villagrán unos años antes en 1550.



Imagen 1. Acuarela (fol. 74v).

«Lautaro. Este indio mató a la gente que fue con Villagrán, del gobernador Valdivia. Este es el traje de los indios de guerra de Chile, esta coraza es de cuero de vaca curado. Esta arma se llama macana»

Describe sus prácticas de guerra, sus trajes con fuertes corazas de cuero curtido y las habilidades que les han permitido permanecer libres, alejados del dominio de los españoles. Le interesa la división del trabajo porque, gracias a esa organización, los jóvenes que se pueden dedicar a las artes de la guerra nunca han sido vencidos. Son los pobladores del valle del Arauco.



Imagen 2. Acuarela (fol. 75)

«La bella Guacolda. Traje de las chilenas desde Coquimbo hasta el valle de Arauco»

El dibujo de una mujer, la hermosa Guacolda, acompaña el dibujo de Lautaro, y en ella se representan los trajes de las chilenas, desde Coquimbo hasta el valle de Arauco. Encontramos también en el manuscrito un esbozo de Caupolicán, quien mató al gobernador Valdivia, mismo que también aparece acompañado de una india del mismo valle, destacando tanto en el nivel textual como en las imágenes que acompañan al manuscrito la complexión robusta de los habitantes y su aptitud para la guerra.

El relato de Ocaña, al finalizar el siglo XVI, es rico en información sobre las características del territorio que bordea el mar del Sur. Por él nos podemos dar una idea del rol que juegan la geografía y el medioambiente en el desarrollo de las poblaciones que surgieron a lo largo de la costa del Pacífico. Como si se tratara de un informante privilegia-

do, Ocaña va desgranando datos sobre la navegación, el comercio, la agricultura, los pobladores y sus costumbres. El texto de Ocaña es una ventana por medio de la cual nos podemos adentrar en un momento (medio año) del devenir histórico de este amplio espacio geográfico, una ventana a través de la que podemos ver los amplios contrastes entre la historia oficial y la percepción de la realidad comunicada por un humilde monje jerónimo que declara que la única finalidad de su viaje es el crear cofradías y conseguir limosnas para el monasterio de Guadalupe en Extremadura.

BIBLIOGRAFÍA

- BRAUDEL, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- OCAÑA, Diego de, *Relación del viaje de fray Diego de Ocaña por el Nuevo Mundo (1599-1605)*, Oviedo, Biblioteca de la Universidad de Oviedo, Manuscrito M-215.
- OCAÑA, Diego de, *Viaje por el Nuevo Mundo: De Guadalupe a Potosí (1599-1605)*, ed. de Blanca López de Mariscal y Abraham Madroñal, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert / Tecnológico de Monterrey, 2010.
- TALAVERA, Gabriel, *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe, consagrada a la soberana majestad de la Reina de los Ángeles, milagrosa patrona de este santuario*, ed. de Petrus Angelus, Toledo, Casa de Tomás Guzmán, 1597.



Estudios Indianos, 14

Uno de los temas que más ha llamado la atención de la crítica americanista ha sido el papel que tuvo el imaginario europeo para construir en América un continente quimérico que reunía gran parte de las esperanzas y miedos del viejo mundo, así como sus proyectos de dominación colonial. Tal es el influjo de esta corriente que apenas hay estudio de importancia, desde el clásico de Todorov hasta los recientes trabajos imagológicos, que no lo recabe y que no examine cómo los europeos inventaron América o (y quizás aquí está el desarrollo más importante de los últimos años) cómo los americanos adoptaron y modificaron esta invención para potenciar sus propios intereses. Este volumen, *La escritura del territorio americano*, examina esta serie de quimeras europeas en su interacción con la realidad americana y a lo largo de diversos géneros literarios (la relación de viajes o de méritos, la crónica, la corografía, el teatro cómico, la filosofía, etc.) y artísticos (la pintura mural).

Carlos Mata Induráin, Profesor Titular acreditado, es investigador y Secretario del GRISO (Universidad de Navarra) y del IDEA. Su investigación se centra en el Siglo de Oro español: comedia burlesca, autos sacramentales, Cervantes, Lope o Calderón, entre otros autores.

Antonio Sánchez Jiménez, Catedrático de Literatura Española en la Université de Neuchâtel (Suiza), es autor de varias monografías y ediciones críticas de textos áureos (Lope de Vega, Calderón de la Barca, Eugenio de Salazar, poesía española y virreinal, Leyenda Negra, etc.).

Martina Vinatea, Doctora en Filología hispánica y en Historia, es Profesora principal de la Universidad del Pacífico (Perú) y Codirectora del Centro de Estudios Indianos (CEI) / Proyecto Estudios Indianos (PEI). Últimamente investiga sobre poesía conventual femenina y del Perú virreinal.



Universidad de Navarra | GRISO



UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO